

# Porfirio Díaz y Gente Menuda

Exc

UNA "HISTORIA MODERNA DE MEXICO" 23 ag 55

Por el Ing. GUILLERMO SALAZAR VINIEGRA

## II

**D**ECLARO el autor en un sobrio epígrafe que sigue al prólogo, que aunque él es el autor de la Historia, el autor fantasma de ella es la R. F., o sea la Rockefeller Foundation. Visto lo que se ha visto en estas líneas, consideramos que los términos están invertidos en esta declaración, pues más bien el señor Cosío Villegas es el autor fantasma y la R. F., el verdadero autor de esta muy peculiar Historia Moderna de México.

¿Cómo nos presenta la obra, a la personalidad de Porfirio Díaz?

—Nos la presenta autoritariamente como la de un hombre basto, rudo y atrabiliario; como la de un "militarote", en fin.

—“Vayamos claros”—dijo el Manhego—. ¿Qué cosa es un gobernante militarote?

Más que definiciones, convendrán ejemplos para responder a esta pregunta.

Ni la historia moderna y contemporánea del mundo, ni la de México en particular, registran muchos casos de gobernantes que hayan podido emplear con éxito, métodos militares para mantenerse en el poder. En la escena mundial, se encuentra el caso en alto grado expresivo de Bonaparte. Su obra máxima y perdurable no fué ninguna batalla, sino el Código Civil de Francia, vigente a la fecha, que es un monumento de sagacidad y profundo conocimiento de los móviles humanos y de su modo de regirlos.

En lo que toca a México, sólo encontramos tres casos claros e incuestionables, de individuos que hayan tomado el poder por medio de métodos militares y que hayan intentado gobernar con ellos; los tres fracasaron y su permanencia en la silla presidencial fué efímera, precaria y azarosa. Nos referimos a los generales Anastasio Bustamante, Miguel Miramón y Victoriano Huerta. El empleo de la violencia para conquistar el poder y posteriormente de la fuerza para conservarlo, los condujo al asesinato (V. Guerrero, Los Mártires de Tacubaya y F. Madero), y de ahí se vieron precipitados al fracaso y aún a la muerte.

El caso de Miramón es particularmente ilustrativo al respecto. Se cuenta que recién ocupado por él el puesto del Ejecutivo, a raíz del golpe de Estado, de Comonfort, el compadre de ambos, Zuloaga, se le quiso echar a las barbas, ante cuya actitud el joven Macabeo, que era un militarote auténtico, una buena madrugada llegó por su compadre a caballo, lo sacó en pantuflas y montóle en un rocín, al tiempo que le anunciaba: “Voy a enseñarle a usted cómo se ganan las presidencias”, a lo que el atribulado burguesote pudo haberle replicado: “Y usted va a aprender cómo se pierden”.

Como se pierden en efecto, usando procedimientos de militarote y como la perdió efectivamente, junto con la cabeza, el desafortunado milite.

Don Porfirio Díaz, cuando conquistó el poder, no era militar en servicio activo; cierto que usó de la fuerza, pero esa fuerza fué más la de la opinión representada por un nutrido grupo de civiles destacados, que la fuerza de las armas. Mientras causa no hizo conciencia en las masas; fracasó en

repetidas intentonas, y como dijo él mismo, la función de Teocoac fué —mejor que una batalla— una elección armada. Después conserva el poder por 35 años, usando una destreza y sagacidad política insuperables, y si algo caracteriza su actuación durante esos 35 años, ese algo es precisamente la ausencia de métodos militares para conservar el poder, siendo el hombre que en México lo ha retenido por más tiempo, en abierta oposición con los casos de militarotes genuinos, cuya gestión se distingue precisamente por lo fugaz.

Motejar al general Díaz de militarote sólo porque usaba charreteras, es explicable en una doméstica alborotada en día de desfile, pero injustificable en un autor de “Una Historia Moderna de México”.

Al tildar a Díaz de militarote, el señor Cosío Villegas simplemente demuestra una cosa: Que no ha entendido a Porfirio Díaz.

Este hecho capital hace sospechar, desde el principio, que el destino anduvo parco en proveer al autor de dotes de historiador; sospecha que encuentra bastante confirmaciones a lo largo de la obra. Vayan algunas de nuestra.

El señor Cosío Villegas opina que... “del lector erudito depende la opinión final...” (sobre la obra). Algunos eruditos podrán encontrarla técnicamente detestable y otros, técnicamente admirable. Para alcanzar este resultado al autor le hubiera bastado dar media docena de conferencias evitándose la costosa edición. Quien tiene que decidir acerca de la bondad y la

utilidad de una obra escrita para el público, es el mismo público; ¿qué otro objeto si no éste, se propone todo autor de una historia nacional? ¿Es que si los eruditos decretan que la Historia es buena, todo el mundo no tiene más que creerlo?

La “Historia Moderna de México” abrevó en 142 fuentes de las que brotan 3,120 citas, y el autor asegura que ni una sola afirmación es hecha sin el apoyo de testimonio escrito.

Pero la Historia no es una cadena de afirmaciones sino un conjunto coordinado de juicios. (De los que la “Historia Moderna” aparece desoladoramente escasa). Si diez años de la historia de una pequeña nación (el México de 1867-1876) requirieron 3,000 citas, ¿Cuántas se necesitarán para ilustrar cuarenta siglos de Historia Universal? (360,000,000; cualquiera puede calcularlo.)

—Algo fuera del alcance humano. Y es que “recopilar” e “historiar”, son dos cosas diferentes. Por esto es que hay miles de escritores de historias y muy pocos historiadores. A este respecto el crítico Chávez Orozco (de los eruditos conjurados por el autor), observa atinadamente... “que el microscopio aplicado a la Historia... no acierta a descubrir al hombre, ni menos al centro donde actúa...”

Las fuentes históricas ocupan un lugar secundario en la redacción de una historia verdadera.

En una comisaría discuten dos, y el comisario y diez testigos les hacen segunda. Al cabo de seis horas de vociferaciones todo el mundo llega a un perfecto desacuerdo; han hablado sobre un hecho acaecido esa misma mañana, a dos cuadras de la delegación, en presencia de un centenar de vecinos.

¿Qué puede esperarse de 3,000 testimonios escritos o de tres millones de ellos, que versan sobre hechos acontecidos hace un siglo y que tuvieron por escenario a un país entero?

A una figura histórica no puede juzgársele por lo que dijeron de ella, ni por lo que dijo ella misma, ni por lo que escribió, y ni aún por lo que hizo. A un personaje que se alza en el horizonte de la historia sólo puede juzgársele por EL RESULTADO final y definitivo de sus actos. Pudo haber escrito falsedades o errores que más tarde rectificó; pudo ejecutar actos impremeditados o muy premeditados para despistar o engañar. Pudo también verse compelido por las circunstancias a ejecutar actos contrarios a su intención, o a su sentir. Lo que no puede hacer nadie, es alterar las consecuencias de sus acciones, que se presentan cincuenta o mil años después de muertos los actores, ni eludir el fallo —bueno o malo— que dictan las generaciones posteriores a la vista de los resultados de los hechos realizados por el sujeto en vida.

Las fuentes históricas ocupan en todo esto un papel de segunda fila, útiles sólo para reafirmar juicios correctos o rechazar juicios erróneos, o para rectificaciones de detalle.

Si las fuentes históricas son documentos oficiales y en la época de que proceden se escribía, como hoy se estilaba, están

par en ellos cien mentiras en 99 palabras, entonces —como dijo el que se topó con que su novia era de segunda mano—. ¡Estamos lucidos!

Las fuentes históricas, como lo indica su nombre, son veneros que suministran material, sólo para ser INTERPRETADO, función esta que es la específica del genuino historiador.

Por eso siempre me ha parecido una estupidez maliciosa, el denostar a Juárez por haber propalado el Tratado Mc Lane-Ocampo, intento que no tuvo consecuencia desfavorable ninguna, y sí la muy favorable de haber conseguido apoyo oportuno y suficiente para la causa de la Reforma —que era, y es, la causa nacional—. Nadie escrutó ni podrá hacerlo jamás, en los designios y secretos pensamientos del señor Juárez, al iniciar el discutido tratado, aunque es de suponerse que su sagaz y extraordinaria penetración, haya previsto el fracaso del repetido tratado, después de haber sabido hacerlo útil para el angustioso trance que afrontaba.

Todo este desmañado relato que hasta aquí hemos endilgado al tolerante lector, nos sugiere —a modo de colofón— una reflexión melancólica: que al brioso equipo de escritores de historia, formado por el señor Cosío Villegas y sus huestes en agraz, para ser completo, sólo le faltó el detalle de un historiador.

Pero la "Historia Moderna de México", como todo, tiene su reverso, y este reverso es la parte en que toca el análisis de los aspectos económicos de la época reseñada en la obra. Inmediatamente se descubre la capacidad del autor para tratar de estos asuntos.

La exposición de los pensamientos sobre tópicos económicos de la época, sustentada por cerebros de la valía de Zarco y otros, es una selección incisiva y atinada; los parajes en que opina el autor —esta vez opina— acerca de los silenciosos factores que operaban en el revuelto escenario de fin de siglo XIX, influyendo en el despertar de un incipiente desarrollo económico, son pasajes brillantes y agudos, como en el que dice el señor Cosío Villegas:

—“Las grandes conmociones de la República... ocurrían cada 4 años... en el porfiriato después de 1888, hasta 1908... ¿Qué hizo el pueblo durante los 20 años... de porfiriato...? ... 5,000 personas hicieron de la política una profesión... pero ¿y los otros 9 millones de mexicanos? —Estos hacían su vida propia, vida ajena a la política...”

Cuando en otro pasaje habla el autor de “la reacción encadenada económica”, es particularmente claro, conciso y profundo.

Para los que saben de la pesosa gestación que es el tránsito de las ideas a las frases es,

critas, toda esta parte del libro del señor Cosío Villegas podrá ser estimada en su real y descollante mérito. Anuncia el autor cuatro libros, ya en puerta, que tratarán de la vida económica y social de 1867 a 1911. No se puede menos de esperar con impaciencia la aparición de estos cuatro valiosos volúmenes, los que casi no tienen antecedentes en este tipo de bibliografía, en nuestra raquítica producción literaria.

Sólo es de desearse que el señor Cosío Villegas le pierda un poco el respeto a los "HABITOS", de ciertas personas, para que su análisis económico sea todo lo completo y veraz que es de esperarse.

Seguramente que muchos tendrán todavía mucho que opinar acerca de obra tan importante como la Historia Moderna. La crítica que hasta ahora conocemos de ella es más bien pobre y superficial, excepto la del señor Chávez Orozco, que nos parece de gran autoridad y categoría, salvo en que es poco vigorosa, y tanto, que a ratos hasta se antoja si el citado profesor Chávez Orozco no estará remedando a los pintorescos y muy mexicanos "paleros" de nuestras ferias.

En una contrarréplica, el señor Villegas aconseja al profesor Chávez Orozco que escriba algo sobre historia; unidos al suyo nuestra modesta petición, e incluso nos atrevemos a sugerir que el historiador Chávez Orozco le eche un remiendo a la "Historia Moderna de México", avocándose a los diez años temerosos de 1857 a 1867, al fin que, como decían los zapatistas cuando asaltaban una plaza (de la que los defensores habían huído tres días antes): ¡éntrenle muchachos, que para morir nacimos!